

¿QUÉ NOS HA OCURRIDO?:
UNA INTERPRETACIÓN EN IMÁGENES DE
LA POLARIZACIÓN POLÍTICA EN VENEZUELA¹

Tulio Hernández

Universidad Central de Venezuela

Anoche empecé la asignatura que se llama La cultura como estrategia social y hoy cuando estaba preparando el final de la exposición, todo me remitía a lo que está pasando en Venezuela, todo me remitía a la coyuntura que estamos viviendo, todo mi pensamiento terminaba en qué es lo que nos está pasando, qué nos ha ocurrido, y me sinceré y dije: pues dejo el otro tema que es más interesante, más elaborado y más sofisticado, pero que no atiende las angustias que estamos viviendo en este momento, y por eso me traicioné y traicioné al título que les había dado.

Desempolvé un trabajo que hice hace unos años, en el 2004, para unas lecturas sociológicas que se hacen una vez al año en la Universidad Católica Andrés Bello. Y en aquella época me propuse hacer una lectura, una interpretación del conflicto político venezolano pero desde una perspectiva cultural. Parto de la hipótesis de que lo que ha ocurrido en Venezuela entre 1989-2013, es decir, no en el inicio del chavismo en el poder, sino en el momento de la gran ruptura popular con el bipartidismo, es que nosotros no estamos ante una crisis política más de esas que ocurren en América latina, sino que es más bien una forma de vida. La tesis es que no estamos frente a una crisis política más, sino que Venezuela entró, a partir de ese momento, en una crisis societaria. Es decir, en una confrontación entre culturas políticas divergentes y en un proceso de ruptura de valores, de creencias, de representaciones, de lógicas y modos de percepción que hacen difícil la comunicación y la convivencia entre modos distintos de estar en la modernidad, en la política, en el país, en el poder, en las ideas del trabajo, en las ideas de solidaridad, en el sentido de lo urbano, en las disposiciones a la solidaridad. Lo que quiero compartir con ustedes son unas reflexiones donde digo: la expresión es política, pero el problema es realmente cultural, es realmente un dilema de fondo, y este proceso venía gestándose

¹ *Lección Inaugural del semestre 2013-1, efectuada el 20 de marzo de 2013.

mucho antes de que hiciera irrupción en la escena pública el comandante Hugo Chávez, mucho antes de que tomara el poder por vía electoral desde 1998. Lo que sostengo es que, obviamente, sus modalidades de liderazgo y las prácticas políticas que ha traído su proyecto aceleraron ese proceso de confrontación y esa fractura profunda que se venía produciendo en la sociedad venezolana.

Estamos entonces ante un fenómeno que es a la vez político y cultural. Yo creo que hemos tenido un gran descuido en la interpretación más compleja del fenómeno. Una de las preocupaciones que espero compartir con ustedes, es que los procesos de polarización política embrutecen, o para decirlo de manera más decente, disminuyen o reducen los márgenes de comprensión de la realidad, en la medida en que cada sector involucrado en un proceso de polarización trata de comprender, de entender y de tener solidaridades mecánicas sobre aquello que responde a sus criterios, sus opciones y los valores que en ese momento están polarizados. Eso no es nada nuevo, eso lo trabajó muy bien un sacerdote jesuita, que lamentablemente fue víctima de la polarización en Centroamérica, que era el padre Ignacio Martín Varón quien trabajaba precisamente tratando de ubicar los determinantes culturales en las maneras de desactivar la eficiencia de la violencia, en este caso en el Salvador, y en general en la confrontación Centroamericana.

El fenómeno político es un clivaje simbólico que se expresa en lo que culturalmente podríamos llamar la voluntad de no convivir. Este anglicismo se utiliza en etnografía para describir la inflexión social que marca el distanciamiento en una sociedad, o mejor aún, la disyunción entre partes de un mismo sistema social o en el interior mismo de la relación que vincula a esas partes, y que produce fracturas profundas, no solamente en las interpretaciones, no solamente en los imaginarios, sino en la manera de acceder a servicios y significados. El principio que disgrega puede ser étnico, religioso, político, y termina creando condiciones de rupturas profundas que son un poco el punto de partida de lo que quiero trabajar.

Voy a trabajar a partir de imágenes. Trato de buscar imágenes que nos ayuden a comprender de manera sencilla qué es lo que nos ha ocurrido. Parto de una primera imagen que es "La balsa de piedra" o el fin de la ilusión de armonía. *La balsa de piedra* (1999) es una novela de José Saramago cuya anécdota fundamental es la aparición de una grieta en la frontera entre España y Francia, efectivamente por donde están los Pirineos. Esa grieta, que primero es pequeña, se va agigantando hasta que un día la península Ibérica se separa del resto de

Europa y comienza a flotar a la deriva por el Atlántico. Es decir, un mundo le dice adiós a otro. Más o menos eso fue lo que ocurrió en Venezuela a partir de los años ochenta. Una parte de la sociedad se fue separando de la otra, no se separa físicamente como en el caso de *La balsa de piedra*, pero sí se va separando axiológicamente, éticamente. Una parte, la que menores beneficios tiene de acceso al mercado y al estado, la que va quedando más excluida de los beneficios educativos, se va retirando, literalmente, del acuerdo básico sobre el cual se había edificado la democracia a partir primero de 1945, y luego de 1958.

Durante ese proceso, lo que se había intentado unir, lo que se había intentado pegar a partir del proyecto de la equidad empieza a suspenderse. Cuando utilizo la palabra equidad debe entenderse como el proyecto que empezó a armarse en Venezuela en 1945, armonizando o intentado armonizar tres proyectos: el proyecto de creación de la democracia, el proyecto de modernización del país, el proyecto de inclusión de campesinos, obreros, indígenas, mujeres, que por primera vez tenían voz política, y el proyecto de valorización de la cultura popular tradicional, como reafirmación de lo nacional.

Ese proyecto que de alguna manera es el primer intento de darle un perfil y darle presencia política a las mayorías que siempre estuvieron excluidas en el periodo gomecista y en el siglo XIX aún más, que había intentado acercar a partir de un proyecto policlasista a todos estos sectores, y que había logrado grandes avances en lo que yo llamo la primera etapa de la era bipartidista, empieza a suspenderse, empieza a estancarse, empieza a polarizarse y permite que esta ruptura se genere, que estos dos mundos se vayan separando. Lo que se había intentado reunir en una experiencia de ascenso social, de surgimiento de clase media, de grandes políticas de vivienda y de inclusión hacia los trabajadores se rompe intempestivamente, y aparecen estos dos mundos que empiezan a mirarse distantes, que empiezan a verse diferentes y uno de ellos, empieza a entender y a aceptar la posibilidad de que formas distintas a la vía democrática sean apoyadas por ellos mismos, siempre y cuando se resuelvan los problemas económicos y las dificultades de pérdida y de bienestar que en esos grupos había.

Para mí esto es una primera imagen, "La balsa de piedra:" un país que luego del intento de reunificar lo que en la vida colonial había sido un sistema de estamentos, de castas, de clases muy separadas, empieza de nuevo a romperse. Y ese primer gran consenso que se logra en el país en torno a un proyecto, a la idea de la equidad que he planteado, empieza a resquebrajarse. No olvidemos

que culturalmente Venezuela es uno de los pocos países de América latina que en la década de los sesenta y de los setenta, logra un consenso casi pleno de todos sus actores políticos en torno al modelo político que se había adoptado. Mientras los sureños están dominados por más de doce dictaduras, mientras Centroamérica está rota por guerras civiles o todavía con la sobrevivencia de viejas dictaduras, Venezuela, Colombia y Costa Rica son una especie de excepción, de oasis, pero sobretodo Venezuela, en el cual los pequeños brotes de violencia guerrillera y de derecha que atentaron contra Rómulo Betancourt y Raúl Leoni ya habían sido limados, y el país parecía que iba en una ruta inexorable hacia un futuro democrático y de libertad.

La segunda imagen es "El carnet vencido" o la quiebra de las identidades políticas. Para mí, en términos culturales, esto es lo más importante; es una de las cosas que debíamos haber comprendido hace mucho tiempo pero que nos ha costado mucho entender. ¿Qué es esto? La antropología política sostiene que para que exista una democracia tienen que haber identidades políticas estables que permitan a los ciudadanos orientarse dentro de una cartografía, que es a la vez racional y afectiva, una cartografía ideológica que le permita, por lo tanto, mantener un tipo de decisión bastante racional y bastante estable en torno a sus filiaciones políticas. Por ejemplo, en Estados Unidos desde que se conoce hay demócratas, republicanos y una izquierda ahí extraña que aparece y desaparece. En España hoy tenemos al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), los que están en el Partido Popular (PP) y una izquierda también que varía entre republicana, partido comunista. Incluso lugares donde hubo una pequeña debacle de un partido como el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México, mantienen una estructura estable de derecha que es el Partido Acción Nacional (PAN), una izquierda que es el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y una cosa extraña como el PRI que es un aparato electoral. Bueno, eso es lo que permite que exista la democracia. Cuando las identidades políticas estables se pierden, es muy probable que se comience a perder la democracia. Y eso exactamente es lo que ocurrió en Venezuela a partir de los años noventa.

No es solamente que el sistema de partidos sobre el cual se había erigido la democracia se hizo trizas. No es que Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) desaparecieran y que de alguna manera hayan arrastrado a la Causa R y al Movimiento al Socialismo (MAS), sino que con ello desaparecía una cultura. Recuerdo que nosotros, los

que éramos de izquierda en los años setenta, bueno, de la izquierda democrática (MAS), mirábamos con cierto, no sé si desdén o despecho, lo imbatible que era Acción Democrática electoralmente. Acción Democrática y COPEI, cometían errores, todo el mundo sabía que había corrupción, había devaluaciones, como ahora por supuesto, el bolívar perdía peso, y sin embargo ellos seguían ganando elecciones, y todos nos preguntábamos por qué, cómo era posible que esto ocurriera. Bueno, había identidades políticas muy bien construidas, muy estables, y había una memoria colectiva de que quien le había dado voz, expresividad, reconocimiento público, presencia en el imaginario político había sido precisamente Acción Democrática.

Pero eso se cayó, eso se demolió. Eso no había ocurrido, prácticamente, ni ha ocurrido en ningún lugar de América latina, salvo en el Perú previa la aparición de Fujimori. Alberto Fujimori marca el inicio de los modelos neoautoritarios en la cultura política Latinoamericana. Los modelos neoautoritarios son aquellos que intentan ejercer, y lo consiguen en parte, el poder político absoluto a la manera de las dictaduras, pero sin abandonar el juego democrático y sin operar como las dictaduras, es decir, no eliminan los partidos, no hay censura previa, no hay exiliados en masa, no hay crímenes multitudinarios como los de los escuadrones de la muerte. Esto es lo que llamo "El carnet vencido" como imagen, porque efectivamente había un discurso en Venezuela que se resumía en aquella frase de "adeco es adeco hasta que se muere" y que obviamente no fue así. Por lo tanto, cuando aparece en escena el fenómeno Hugo Chávez, él está preparado, está la mesa servida para que entren nuevos actores y nuevos discursos en tanto que hay una desafección absoluta, muy bien estudiada, muy bien documenta, hacia los modelos anteriores. ¿Qué ocurre entonces culturalmente? Que a partir de este momento ya no hay cartografía política posible en Venezuela y, paulatinamente, el único hito para esa cartografía se va convirtiendo en Hugo Chávez. Es decir, cuán distante o cuán cercano estoy de la propuesta de Hugo Chávez; pero el debate social prácticamente desaparece de la escena y se hace muy difícil, muy cuesta arriba construir nuevas identidades políticas, en la medida en que el campo psíquico y el campo ideológico está copado con la presencia de una sola persona y la construcción de nuevos proyectos, de nuevos imaginarios a los cuales la gente se sienta perteneciente, se sienta parte; de alguna manera las pertenencias, las identidades políticas estables son como los clubes deportivos, son como las filiaciones, hasta heredadas.

Este es un segundo elemento cultural. La pérdida de las identidades políticas básicas marca de manera decisiva el escenario que hemos vivido en todos estos años; y eso es grave; se hace más grave aún. Yo tengo además una teoría y es que estamos en un momento en que tenemos que empezar a pensar hacia atrás porque terminó una era. Es decir, es un momento intelectualmente importantísimo. Tenemos que estudiar las políticas culturales de la era democrática o bipartidista, tenemos que estudiar las políticas culturales de la era Chávez, porque ahora, pase lo que pasó en las elecciones de abril, comienza una nueva era. No es que se termina el chavismo, pero obviamente los gobiernos de hombres fuertes, y en Venezuela había un gobierno de hombres fuertes, que no están respaldados en aparatos políticos sólidos, una vez que ellos desaparecen, no se mueven más nunca, a su modalidad de ejercicio de poder. Así que tenemos que hacer un corte en el 2013 porque no sabemos lo que empieza y tenemos que evaluarlo como un período que ya se cerró. Algún alumno me decía: “Bueno, ¿en qué se basa usted para decir eso?”, “sí va a haber una continuidad del proyecto chavista”. Sí va a haber, y por muchos años, y es en estos momentos el componente más sólido y la única identidad política estable que se ha logrado crear en todo este tiempo. Pero, por ejemplo, cuando muere Joseph Stalin, quien tenía un aparato tan sólido como el partido comunista soviético, tenía un aparato policial de control social como el Comité para la Seguridad del Estado (*Komitet Gosudarstvennoy Bezopasnosti, KGB*), la sociedad soviética se transforma rápidamente. No solamente porque se va reblandeciendo la crueldad que tenía Stalin, sino porque el mismo sistema para renovarse empieza a estudiar a Stalin, y a Stalin a quien vemos en 1953 metido en su urna de cristal embalsamado al lado de Vladimir Lenin, ya en 1961 lo vemos tirado en una fosa común porque ya se han estudiado todos sus crímenes, todo su genocidio y el propio Nikita Khrushchev es quien se encarga de hacerlo salir del lado de Lenin que era la pureza que había que mantener. En América latina ha sido más cruel, después de Omar Torrijos todo cambia rápidamente, allí aún más rápido. Y después de Juan Perón, aunque el peronismo esté vivo todavía, más nunca volvió a ser como era porque hay un peronismo neoliberal, hubo un peronismo montonero y de izquierda, hay un peronismo socialdemócrata a lo Kirchner, y así es que yo creo que vamos a seguir.

La tercera cosa para entender este proceso es "Este barril es mío". Si bien el proyecto político de Hugo Chávez se propone como una ruptura radical con el modelo político y el tipo de democracia existente hasta ahora, desde el

punto de vista cultural no es un proyecto absolutamente nuevo, sino que es una modificación, una actualización y una reformulación de tradiciones que estaban inscritas ya en la historia nacional, como el militarismo decimonónico, o ya en la historia política más reciente como el discurso redentor, reivindicativo y popular de Acción Democrática. Sí uno lee con cuidado, por ejemplo, la poética de Andrés Bello, o trata de entender la conexión entre la primera Acción Democrática y la narrativa de Rómulo Gallegos, uno podría establecer puentes de comunicación entre Andrés Bello y Alí Primera, uno podría establecer puentes de comunicación entre los hábitos estatistas-paternalistas con los cuales se consolidó la democracia venezolana y, el paternalismo de extremo que se ha desarrollado. Y por eso digo que el tercer elemento es "Ese barril es mío", porque Venezuela venía ya entrenada, es decir, de alguna manera la propuesta transformadora, populista, o como quiera llamarse de estos años, aterriza o se monta, o se erige sobre dos elementos fundamentales de la cultura política venezolana. El primero es "el Estado mágico", esta es una idea de José Ignacio Cabrujas que muchos científicos sociales han retomado, y es la idea de que en Venezuela el Estado es mágico y el presidente es un prestidigitador. El Estado es mágico porque tiene petróleo, y el presidente es un prestidigitador porque está, se siente obligado a mantener entretenida a su audiencia que son los electores, sacando unos conejos extraordinarios de un sombrero, y esos conejos son cosas que conmuevan, cosas grandiosas, desde lo que hacía Marcos Pérez Jiménez: grandes autopistas, grandes túneles, edificios gigantescos, arañas, distribuidores, hasta lo que hacía Carlos Andrés Pérez: "La gran Venezuela", "Vamos a hacer tractores aquí, vamos aviones, vamos a transformarlo todo muy rápidamente y vamos a salir de América latina", hasta lo que estamos haciendo ahora, que queremos salvar a la humanidad. Es una tradición, es tal vez lo más acelerado que hemos vivido por tradición pero esa tradición tuvo un problema y es "Ese barril es mío". Para mí la Venezuela de los años setenta-ochenta, los sesenta también pero sobre todo setenta-ochenta, es una torre petrolera que esta al final y una inmensa cola, fila, de millones de personas que están aguardando que les den el barril de petróleo que le corresponde. La gente sabe que hay gente que se colea, la gente sabe que hay unos a quienes les dan más de un barril, pero todo el mundo estaba confiado en la entrega de su barril, y un día les dijeron no hay barril ni hay cola y ahí esta gente entró en pánico y es cuando se produce "La balsa de piedra" y "El carnet vencido". Porque en ese imaginario que se había constituido lentamente en el cual el petróleo era una propiedad colectiva para

ser distribuido, al quitársele ese componente entró la sociedad en una zona, en un estado de ansiedad profundo donde se le cambió la identidad. Y ese cambio de identidad tiene fecha exacta que es el inicio de lo que se llamó el proyecto del gran viraje. Es decir, cuando al ciudadano ya no se le trató más como cliente, cuando se le trató de decir que tenía que ser un ciudadano competitivo, y cuando se le trató de inculcar que la renta no era para ser repartida sino para ser invertida a largo plazo, para recuperar un país que se había acostumbrado al estatismo.

Esos tres elementos si los sumamos, son una fuerza decisiva para entender qué pasó en la cabeza, en la mente, en el sentimiento de unas mayorías que de un día a otro se les cambió el guión, se les cambió incluso la manera de nombrarlo, mientras en el discurso inicial del bipartidismo, sobre todo el de Acción Democrática, los pobres se llamaban pobres, en el discurso del 72 eran grupos de alta fragilidad, eran ciudadanos competitivos, ya no eran compañeros y allí se produce la gran fatiga, la gran ruptura entre lo que era la identidad partidista tradicional y la nueva identidad que más nunca se volvió a encontrar. Ese a mí me parece que es un tercer elemento cultural clave para entender todo los que nos está pasando.

El otro elemento es "El Estado soy yo", y es que nosotros tenemos un muy largo entrenamiento en el culto a la personalidad. Es decir, esto que estamos viendo en estos días, esta nueva etapa que se comienza en Venezuela a partir de la muerte de Chávez, que es el proceso de conversión del héroe en una referencia mágico-religiosa, en un acto de fe, tiene un sustento en la psiquiatría colectiva de siglos. El culto a Bolívar, que ha sido suficientemente estudiado, no es detenido por la democracia. Sí, la democracia inocente y cándidamente mantiene de alguna manera el culto a Simón Bolívar, lo preserva, incluso en algunos casos lo multiplica, el aeropuerto Simón Bolívar, la Universidad Simón Bolívar, el Sistema de Orquestas Simón Bolívar, incluso el mito Ezequiel Zamora lo crea el propio Carlos Andrés Pérez, en fin, la democracia no hace un antídoto cultural contra el militarismo, contra el culto a la personalidad, sino que lo deja pasar, lo deja fluir, porque no tiene una clara conciencia de lo que ha ocurrido y de las implicaciones que eso tiene en la conciencia colectiva, y en los hábitos de relación con el poder y con el futuro y con el pasado en la población. Por eso digo que nosotros somos promiscuos en religión, en cambio somos monógamos en política, somos monoteístas. Es decir, un país que es capaz de creer al mismo tiempo en María Lionza, en Jesucristo, en Yemaya y en José Gregorio Hernández, un ejemplo del santo oficial, es pluralista, vamos a decir, o promiscuo.

cuo, me gusta más el término, en cambio ha sido entrenado en la idea de que la sociedad puede ser salvada por hombres fuertes, puede ser salvada por un solo hombre, y es allí donde se entiende el por qué una vez que se produce la debacle del sistema de partidos, una vez que se pierde la creencia en la institucionalidad, está servida la mesa para que el colectivo encuentre en la subjetividad personal, en la imagen mesiánica, en la imagen de una persona, la alternativa, la sustitución a todo aquello que se vino abajo.

Qué ocurre entonces frente a esta mesa que ya está servida cuando empieza el proyecto político de Hugo Chávez en el año 1998, pero sobre todo cuando se radicaliza a partir de los hechos del 2003. Que a esta sociedad que esta partida, a esta sociedad que está rota, a esta sociedad que está herida, en vez de intentar unírsele, pensemos por ejemplo en el proyecto de Nelson Mandela en Suráfrica, o pensemos por ejemplo en la prédica de Martín Luther King en las luchas sociales de reivindicación contra el racismo en los años sesenta, donde el discurso es: cómo reconciliar las partes rotas, las partes en pugna, en Venezuela se recurre, y eso creo que es lo culturalmente decisivo, a la lógica y al pensamiento totalitario. No digo que esto sea un totalitarismo, sino que se recurre al discurso, a la gramática, a la lógica totalitaria, que consiste precisamente en la imposición del bien. Probablemente para mí la mejor definición de totalitarismo es la que hace Tzvetan Todorov en ese libro que se llama *Memoria del mal, tentación del bien* (2002), porque la idea fundamental no son los métodos con los cuales se aplica el totalitarismo, sino el principio del cual parte. Y el principio del cual parte es la idea de que yo caudillo, yo partido, yo logia, sé exactamente lo que la sociedad necesita, sé cuál es el bien que la sociedad necesita, por lo tanto lo impongo, no lo debato, no lo discuto. Como yo conozco el bien se lo impongo al colectivo. Pero, y esta es la lógica fundamental, el bien no lo logro imponer porque hay un grupo de miembros de este colectivo que lo impiden, que son los hijos del mal, que son los portadores de la maldad, y por lo tanto ese grupo no es miembro de mi misma comunidad política, sino son enemigos, son adversarios, y en tanto que son adversarios debo eliminarlos, ya política, ya ideológica y, cuando sea necesario, físicamente. Ese es el principio fundamental, y eso es lo que viene a completar el escenario del conflicto político venezolano. No solamente que hay dos culturas, o más, políticas en pugna, no solamente que hay dos interpretaciones de la democracia, sino que una de ellas, la que está en el poder, parte de la idea, y de allí viene la tesis de la voluntad de no convivir, de que el otro, en tanto que es inferior moralmente, en tanto que no comparte

en lo más mínimo mi idea del bien, no puede convivir, no puede ser parte de esta comunidad política, y eso es de alguna manera lo que ha trancado, lo que está trancando el juego, y lo que está trancando la posibilidad de futuro de una sociedad como la venezolana.

Una de las particularidades del pensamiento totalitario, pero también de la cultura Latinoamericana en general, es lo que yo llamo "La falsa ilusión", es decir, la idea que tienen jefe de estado, un gobierno, incluso un jefe de departamento y hasta un portero, de que cuando el entra de jefe el mundo comienza a girar, y tiene que cambiarlo todo, incluso tiene que renombrarlo todo. Y digo desde el portero hasta el Presidente porque eso es una tentación general de nuestra cultura. La idea de la continuidad, la idea de que las sociedades son el resultado de agregados de éxitos y de fracasos, como que no forma parte permanente de nuestra visión de las relaciones sociales, y por lo tanto esta idea de que conmigo comienza algo nuevo, se hace aún mucho más radical cuando ese algo nuevo es en verdad un propósito de ruptura con lo que existía inicialmente antes de mí. Y eso se liga con algo que a mí me parece muy importante como elemento cultural para entender este período, y es que el pensamiento totalitario, el autoritarismo en general, siempre está asociado a una idea de la pureza, es defensor de una pureza perdida. Hay una película que se llama *La cinta blanca*, del austriaco-alemán Michael Haneke, que algunos clasifican como un estudio sobre el ADN del fascismo. En esa película uno entiende que lo que está detrás de todo autoritarismo, ya sea religioso, de todo fanatismo, ya sea étnico, ya sea nacionalista, ya sea político, es la idea de que a esa sociedad, a ese grupo, alguien le perturbó su pureza, los judíos en el caso de los nazi, los comunistas en el caso de Augusto Pinochet, en Venezuela de alguna manera "los escualidos".

¿Y por qué? ¿Y cómo se expresa en Venezuela? Se expresa en el intento de descalificar, despreciar, degradar y desechar todo lo que se hizo, todo lo que los civiles venezolanos hicieron, todo lo que la sociedad venezolana logró avanzar en muchos campos en nombre de una idea, de una idea fundamental. La idea es que lo único puro que ha existido en Venezuela son los libertadores, son los fundadores de la República, son los militares que nos dieron la libertad, pero esos hombre, y esto es un discurso que es previo a la aparición de la narrativa bolivariana actual, no terminaron su tarea, y todo lo que vino después fue degradación absoluta. Por lo tanto, no vale la pena, no tiene sentido, no tengo nada que aprender de los sesenta, de los setenta, de los ochenta, de los noventa, porque lo único virtuoso, lo único puro, por eso es que el autoritarismo siem-

pre tiene más pasado que futuro, por eso es que el autoritarismo siempre tiene un plan hecho, no titubea, lo tiene acabado, y ese plan, que estaba escrito por los libertadores, que es de alguna manera palabra sagrada, ha sido maltratado, perturbado, degradado, humillado, escupido, por los civiles que hicieron la democracia.

El discurso contemporáneo del poder prácticamente no crítica al gomecismo, al lopecismo, al perejimenismo; no existe. Existe la crítica al período civil y la exaltación a la época de la fuerza. Por eso digo que uno de los temas que nos toca ahora es empezar a valorar, a defender, a preservar y a entender con mucho cuidado, cuáles fueron efectivamente los avances de la democracia, que son los avances de la sociedad venezolana. No son los avances de AD y COPEI, no son los logros de un período político determinado, también son el resultado. Pero son sobre todo los logros de una sociedad que con el apoyo, con el esfuerzo, con el estímulo de un Estado, pudo desarrollar determinados proyectos, determinados saberes, determinados conocimientos, que es necesario valorar y estudiar, incluso comparativa y seriamente con lo que ha ocurrido en estos catorce años. Y esa es de alguna manera la tesis que estoy trabajando. Y es, tratar de entender, y vuelvo a José Ignacio Cabrujas, quien decía que el subdesarrollo no era otra cosa que la incapacidad de una persona, una empresa una familia, un colectivo, un país, de acumular experiencias, procesarlas y saberlas transmitir para no repetir el mismo proceso.

Creo que una de las cosas más importantes en términos de políticas culturales, es tratar de entender con propiedad lo que significó todo ese proceso de creación de instituciones que se produce entre los años sesenta y setenta que convierte a Venezuela en un líder en lo que a institucionalidad cultural se refiere, que le permite crear cosas como una red de museos extraordinaria, Museo de Arte Contemporáneo, Galería de Arte Nacional, Museo Jacobo Borges, Museo Carlos Cruz Diez. Unos aparatos que todavía siguen siendo exitosos como el Sistema Nacional de Orquestas Infantiles y Juveniles (FESNOJIV), una red nacional de bibliotecas que intentó de verdad tener acceso al mundo campesino y al mundo de los barrios. Unas editoriales estatales que lograron introducir no solamente la lectura de los venezolanos sino de clásicos extranjeros, una biblioteca internacional como la Biblioteca Ayacucho que es, junto a Casa de las Américas de Cuba, el proyecto editorial más importante que se haya hecho en la lengua castellana para valorar a los autores en español y portugués. Unos proyectos como la Compañía Nacional de Teatro, la Compañía Nacional de Danza. La

inauguración, la creación, de algo que no existía como es el cine venezolano, y en fin, pudiera seguir enumerando. Eso hay que estudiarlo y hay que verlo en su justa dimensión, y ver también qué dejó de carencias y qué dejó de dificultades. Porque, obviamente el chavismo no tiene razón cuando dice que todo el aparato cultural que se creó era un aparato elitescos, pero si la tiene cuando dice que una gran parte de la sociedad venezolana no tuvo acceso a los beneficios de esos servicios, cosa que tampoco ellos lograron a hacer. Y una evaluación a largo plazo y comparativa, nos permitiría entonces identificar qué fue de aquello que se hizo importante, qué repercusiones tiene. Por ejemplo: ¿qué conexiones hay entre la política de talleres literarios y el número de novelistas que existe hoy en Venezuela o entre los talleres de música de organizaciones como Fundarte o el propio Sistema de Orquestas y el desarrollo de la música popular urbana contemporánea?, establecer esas conexiones. Pero sobre todo establecer también, ¿cómo fue la política de estos catorce años?, aparte de lo evidente: autoritaria, sesgada, excluyente, pero es probable que tengamos que mirar con mucho más cuidado qué cosas se hicieron. Y así podernos preparar a lo que creo que es la tarea del futuro, no importa si el futuro comienza en abril o comienza otro día, y es: cómo hacemos los venezolanos para reconstruir, superar este conjunto de taras, vamos a llamarlas de dificultades culturales, de cultura política y de cultura a secas, en un lugar en donde las relaciones sociales se han visto cada vez más desbordadas, en donde los niveles de inseguridad nos hablan no solamente de muertes, de números, nos hablan de una degradación del valor de la vida, de unas perturbaciones profundas en el ensañamiento con el que se producen estos crímenes, y de un elemento decisivo que ha sido la introducción: el odio en la vida política y en la vida cotidiana.

Hay un elemento último que no quisiera dejar de tocar y es, que puede ser un tema de debate muy importante, cómo el tema étnico, cómo el tema racial, para decirlo de alguna manera, aunque no es un término pertinente en este momento, se ha introducido también en el conflicto político, y cómo, si tiene éxito esa introducción es porque efectivamente la democracia había dejado un conjunto de temas sin tocar, un conjunto de temas que no quiso ver, y entre esos está, en toda América latina, el de la invisibilización de las diferencias. Se hizo mucho énfasis en el tema de la igualdad, en el tema de los derechos, todos somos iguales ante la ley, pero se hizo poco énfasis, poca identificación, en los temas que tiene que ver con las diferencias que viene de viejas datas coloniales, y que todavía en ese esfuerzo que se hizo por unir lo que estaba separado no se logró resolver.

Lo que quiero decir con todo esto es que necesitamos un acercamiento más cultural, más simbólico, más étnico, más psiquiátrico, más guía de imaginarios al conflicto político, a esa forma vertiginosa en la que apareció la imagen mesiánica y carismática de Hugo Chávez, y cómo desapareció. Qué removió, qué estaba entre nosotros, qué dolores tan grandes habían acumulado como para que la gente que le sigue tenga tanto dolor, tanto resentimiento, tanto odio, tanta carga de violencia verbal. Porque si no comprendemos eso, si no lo miramos con cierto sosiego, con cierta serenidad, sin desprecio, no estamos entendiendo de la materia psíquica y del sufrimiento sociopolítico profundo del que están hechos estos procesos políticos. No lo estoy comparando, pero como el que vivió Perú con Sendero Luminoso, por no haber resuelto problemas de tipo étnico, o como el podríamos haber vivido o podemos vivir si se fanatiza aún más un discurso marcado en la ruptura y no en la posibilidad de reconciliación. Creo que en todos los campos, pero sobre todo en el campo cultural, nosotros tenemos que recoger de alguna manera, es decir, la tarea del futuro es recoger los platos rotos de la segunda era del bipartidismo y las ruinas precoces que son institucionales, morales, económicas, afectivas, de este periodo de catorce años de gobierno de Hugo Chávez y su equipo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Haneke, M. (director). (2009). *La cinta blanca*. [cinta cinematográfica]. Alemania: Les Films du Losange/Wega Film/ X-Filme Creative Pool.
- Saramago, J. (1999). *La balsa de piedra*. Madrid: Alfaguara.
- Todorov, T. (2002). *Memoria del mal, tentación del bien*. (Trad. M. Serrat). Barcelona, España: Península.